

EDGAR QUINET, HERMENEUTA Y TRADUCTOR  
DE ESPRONCEDA

ALESSANDRO MARTINENGO  
Università di Pisa

1. En la lista de los viajeros franceses, que —obedeciendo a una «romántica» llamada destinada a convertirse en moda literaria durante largas décadas— visitaron España a raíz de la guerra de independencia contra Napoleón, L.-F. Hoffmann, en su ya clásico estudio, no inserta el nombre de Edgar Quinet; a pesar de lo cual saca no pocas citas del libro *Mes vacances en Espagne*, para ilustrar actitudes características respecto a España, y no escatima los elogios del estilo o de algunas certeras observaciones del viajero de que nos ocupamos: así es cómo, según Hoffmann, al describir la Mancha, Quinet «devient lyrique», o incluso echa mano del «lyrisme un peu emphatique qui lui est habituel» al evocar la hermosura de las damas que acuden al Prado a la hora del paseo; en cuanto a su visión general del país y de la gente, Quinet «est parmi ceux qui ont mieux compris l'Espagne»<sup>1</sup>.

En realidad, si tomamos como punto de referencia el modelo del viajero romántico standard elaborado por el crítico, nuestro autor no parece haberse sustraído —por lo menos en las primeras páginas de sus memorias— a la tentación de una pintura de violentos claroscuros y a la magia de un exotismo algo barato, del umbral de casa, por decirlo así. El impacto con España le lleva a

---

<sup>1</sup> Hoffmann, Léon-François, *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*. New Jersey-Paris: Publications du Département de Langues Romanes de l'Université de Princeton, 1961. 72, 103, 112.

registrar sus impresiones acerca de lo árido y yermo del paisaje y la miseria en que vive la población:

[«je vois cette aride Espagne telle qu'elle est. J'étends malgré moi un manteau de misère sur toute la face de ce pays; ... je sens d'avance, en ce moment, l'ennui des solitudes des deux Castilles» <sup>2</sup>]

A este espectáculo escuálido contraponen constantemente —como buen discípulo que es de Chateaubriand, ejercitado en pintorescos contrastes <sup>3</sup>— el fulgor meridional del sol: así se expresa, por ejemplo, al entrar; días después, en Burgos y tropezar con los fantasmas del viejo epos cidiano:

[«Après avoir traversé le désert, j'arrive à une ville muette comme le désert. Sur la porte crénelée de Burgos est assise la statue d'un Cid barbu... Un groupe de vieillards immobiles se chauffent superbement au soleil de Don Diège» <sup>4</sup>]

Quinet no vacila en atribuir al espléndido sol de España un significado metafórico y simbólico cuando nos presenta a unos jóvenes compañeros en el viaje de Burgos a Madrid, «vrais frères du bachelier de Salamanque», que —bajo el pretexto de terminar sus estudios en la capital del Reino— sueñan en realidad con participar en el próximo pronunciamiento y así «mûrir à ce soleil naissant, qui est encore sous l'horizon» <sup>5</sup>.]

Ni está desprovisto de significado alegórico ese otro claroscuro que dibuja Quinet al anotar las reflexiones que le sugieren las inmediatas cercanías de Madrid:

[«Le soleil est dans tout son éclat, mais il ne sert qu'à illuminer un ennui éternel» <sup>6</sup>.]

2. La verdad es que la decisión de Quinet de viajar a España en el otoño de 1843 obedecía a motivos demasiado profundos y medi-

<sup>2</sup> Quinet, Edgar, *Mes vacances en Espagne*. «Oeuvres complètes». Paris: Édition Pagnerre, tome IX, 1857 (=MV). 7. El libro se había publicado anteriormente en 1846 (Comon et Cie, Comptoir des Imprimeurs Unis).

<sup>3</sup> Boudout, Jean, «Edgar Quinet et l'Espagne». *Revue de Littérature comparée*, XVI (1936). 82-90.

<sup>4</sup> MV. 13-14.

<sup>5</sup> MV. 17.

<sup>6</sup> MV. 18.

tados como para hacernos creer que las *vacances* a las que alude el título de su libro sólo le hubiesen ofrecido la ocasión para unas divagaciones impresionistas y unas estampas pintorescas. Se trataba, en efecto, como nos recuerda Boudout<sup>7</sup>, de «vacances forcées», ya que seguían al escándalo suscitado por su curso del año anterior en el Collège de France y a su negativa a renunciar en el porvenir a disertar desde la cátedra sobre temas de la más candente actualidad. Causa del escándalo había sido su actitud polémica contra los jesuitas; y puesto que, con razón o sin ella, consideraba a España una de las víctimas principales de la política de la Compañía y, por otra parte —con motivo de los cursos anteriores—, había venido empapándose de lecturas de y sobre el siglo xvi español, la determinación de atravesar el Pirineo se le presentó de pronto a la mente como algo ineludible. Nos lo explica él mismo en su obra *L'ultramontanisme ou l'Eglise romaine et la société moderne*, que publicó en 1845, anticipándose en un año a la publicación de *Mes vacances...*:

[«Deux raisons m'ont poussé en Espagne. La première est toute littéraire. Les livres d'un peuple moderne peuvent être pour moi l'objet d'une étude privée; mais je me fais conscience d'en rien dire en public, aussi longtemps que je n'ai pas touché de mes mains et vu de mes yeux les lieux, les monuments, les choses, les hommes qui en sont le perpétuel commentaire... Ma seconde raison, peut-être la principale, était pour moi la nécessité d'étudier la situation de l'Église espagnole. Dans le combat que les hommes du passé nous livrent, j'ai voulu aller au-devant de ce fameux fanatisme espagnol et portugais, le voir de près, l'interroger, le chercher sous ses cendres»<sup>8</sup>.]

Y en efecto sus primeras visiones de España están condicionadas por los textos antiguos que ha leído e incluso por ciertos tópicos folklóricos mediatizados por la literatura. Como ya hemos notado, Burgos se llena a sus ojos de los fantasmas de los tiempos heroicos, mientras que cualquier venta de Castilla le recuerda a Don Quijote.

Por otra parte los tópicos folklóricos han derivado ya en *couleur locale*, como se ve por ejemplo en la escena del condenado a muerte en Burgos:

<sup>7</sup> Boudout, Jean, *op. cit.*, 82.

<sup>8</sup> Quinet, Edgar, *L'ultramontanisme ou l'Église romaine et la société moderne*. Paris: Hachette, 1845. 19-20.

[ («De rues en rues, je suis une clochette qui attire la foule et sonne un glas. Deux cavaliers quêtent pour la bonne âme d'un soldat qu'ils vont fusiller. Des enfants mêlent au glas leur rire sauvage. Le triste cortège monte una colline aride, au haut de laquelle est le fort» )<sup>9</sup> ]

o en el encuentro con los bandoleros, encuentro que Quinet pareciera haber preparado con la sabia premeditación de un director de escena, escapándosele por un tris: en una región desolada entre Toledo y Aranjuez, los bandoleros acuden, de hecho, a la cita, pero por un deplorable retraso de nuestro viajero, debido a la negligencia de su guía, se ven obligados a asaltar a otros pasajeros, cuya melancólica procesión —presidida por la pandilla de los salteadores— Quinet debe conformarse con contemplar desde lejos:

[ «*Debemos gracias a Dios!* s'écria mon Tolédain en se jetant à terre. Je traduisis de grand coeur en moi-même cette invocation, et j'y ajoutai même, en pensée, un petit ex-voto de marbre sur le bord du chemin»<sup>10</sup>. ]

Sin embargo, detrás —o por encima— de los estereotipos libresco, folklóricos o ideológicos, se anuncia y se abre camino, de pronto, lo inesperado, lo verdaderamente nuevo: «Je suis là, au bord d'un monde nouveau»<sup>11</sup>. Y la impresión de novedad es tanto más fuerte y sobrecogedora en cuanto que le sorprende metido en el corazón de Burgos: el embrujo medieval de la ciudad se disuelve al escucharse el seco estampido del cañón que, desde el castillo, saluda «la majorité de la reine constitutionnelle»<sup>12</sup>, Isabel II.

3. De las ideas preconcebidas que, según su misma confesión, le habían acompañado hasta el momento, la primera en someterse a decisivas matizaciones fue la que concernía al «famoso» fanatismo español y portugués. A decir verdad, las huellas del fanatismo político y religioso se manifestaban por todas partes a los ojos del viajero, el espectáculo que el país ofrecía, con su aridez, miseria, violencia y ramplonería, era el resultado patente y, al parecer, inmodificable de los modos de gobernar, crueles y despóticos, de los tiempos pasados. Pero lo que Quinet descubre es que ese fanatismo

<sup>9</sup> MV. 14.

<sup>10</sup> MV. 150.

<sup>11</sup> MV. 11.

<sup>12</sup> MV. 14.

no había afectado sino superficialmente al pueblo, cuyas energías espirituales se mantenían intactas e incorruptas.

Una de las experiencias más significativas al respecto la tuvo Quinet al asistir a unas inflamadas sesiones de las Cortes madrileñas, dedicadas a discutir la acusación dirigida contra el propio primer ministro, don Salustiano Olózaga, de haber obligado a la joven reina a firmar, contra su voluntad, el decreto de disolución del Parlamento. Asombrado por la sinceridad y el temple de la elocuencia parlamentaria, el francés tuvo la clara sensación de que la palabra aún no había perdido entre el pueblo español su originaria autenticidad:

[«Il a conservé dans la parole ce que toutes les autres tribunes d'Europe ont perdu, l'accent, l'accent de l'âme, qui met quelque chose de l'homme dans chaque mot, et fait circuler le sang dans les paroles comme dans les veines» <sup>13</sup>.]

Extraordinario fue, en efecto, el resultado conseguido por el discurso de autodefensa de Olózaga: ante unas Cortes agitadas y enfurecidas reveló la nobleza del hombre y logró tranquilizar los ánimos, dando un vuelco completo a la situación: «Effet étrange et tout-puissant de l'éloquence chez ces peuples encore neufs!» <sup>14</sup>. De ahí la conclusión general que saca Quinet: si el primer ministro había podido escapar a la inquina mortal de los diputados y salir de las Cortes, no sólo ileso, sino objeto del «hommage chevaleresque que des ennemis rendent à leurs ennemis», ello constituía la prueba evidente de que «la vieille loyauté espagnole n'(avait) pu disparaître ni dans le fanatisme monarchique, ni dans les ruses des partis» <sup>15</sup>.

Otra supervivencia de valores tradicionales y auténticos que Quinet hace constar en sus descripciones de la vida española, y que contrapone a la condición de la Francia de Guizot, aquejada por una mentalidad burguesa y mercantil <sup>16</sup>, es la que concierne al profundo igualitarismo, a la falta de fuertes diferencias sociales, en una palabra, a la vocación democrática innata entre la gente. Ya había expresado esta convicción en *L'Ultramontanisme*:

[«Dans les sierras d'Andalousie, pour me demander si je parlais espagnol, les montagnards me demandaient si je parlais

<sup>13</sup> MV. 55.

<sup>14</sup> MV. 61.

<sup>15</sup> MV. 75.

<sup>16</sup> Boudout, Jean, *op. cit.*, 85.

*chrétien, habla cristiano?* Dans ⟨la⟩ lutte de huit siècles contre l'islamisme, chaque homme s'est accoutumé à se regarder comme un chevalier du Christ. Mon guide, pour interroger un chevrier, du haut d'un rocher, l'appelait chevalier! *caballero!* et l'écho d'une tour des Maures répondait que la noblesse de cet homme remontait au duel du Christ et de Mahomet... Tous les hommes sont frères sur un champ de bataille»<sup>17</sup>.]

Y en *Mes vacances...*, en el capitulillo intitolado «Un prolétaire espagnol», nos dejaría un retrato inolvidable del herrero de Córdoba (que le había tomado —al regresar de las sierras— bajo su protección), introduciéndolo de esta manera:

[«Personne ne m'a mieux représenté l'Espagnol du dix-neuvième siècle dans le moule de Cervantès. Il tiendrait également bien sa place dans l'excellentissime *Ayuntamiento* et dans la boutique de l'*Emile* de Rousseau. Avec ce mélange heureux de noblesse et de naturel, ce gentilhomme est un maréchal ferrant»<sup>18</sup>.]

4. En cuanto a la literatura, los contactos que nuestro viajero tuvo con los escritores madrileños de aquel entonces, la idea que supo formarse del teatro y la poesía del período inmediatamente anterior, el del reestablecimiento del régimen constitucional y de la guerra civil, la «encuesta» en fin (en palabras de Boudout)<sup>19</sup> que supo llevar a cabo sobre un panorama intelectual agitado y complejo, todo ello estaba destinado a causar en él —una vez más— una saludable reacción, una reconsideración de sus anteriores opiniones parecida a la que había experimentado en las Cortes al escuchar la autodefensa de Olózaga:

[«Ni les *pronunciamientos*, ni la guerre civile n'ont effrayé les poètes; loin de là, on m'assure que le grand style du seizième siècle s'est retrouvé debout entre deux potences dans la mêlée des partis»<sup>20</sup>.]

Y el asombro crecía al percatarse de que la musa española no había heredado de los funestos acontecimientos contemporáneos un tono sombrío o declamatorio, sino que, al revés, había preferi-

<sup>17</sup> *L'ultramontanisme...*, *op. cit.*, 49.

<sup>18</sup> MV. 211.

<sup>19</sup> Boudout, Jean, *op. cit.*, 85.

<sup>20</sup> MV. 93-94.

do expresarse con el tono alegre y zumbón de Fígaro, escritor en el cual el pueblo había reconocido «quelque chose de la bonhomie et du droit sens de Sancho Pança»; ya que su acierto se había cifrado en la capacidad de distanciarse con humor de la trágica realidad: «Une révolution qui s'accomplit en se moquant d'elle même, c'est l'originalité de José de Larra»<sup>21</sup>.

El teatro le produce menor entusiasmo. Reconoce que Gil y Zárate, en su drama *Carlos II el Hechizado* (1837), había tenido el valor de llevar a la escena, junto con la agonía de un rey «mourant du mal de son propre royaume..., l'agonie cérémonieuse d'une nation sous la terreur du Saint-Office»<sup>22</sup>; alusión notoria a la situación política española de épocas mucho más recientes. Pero, a pesar del éxito del drama, los dramaturgos volvieron a los derroteros acostumbrados, abandonando el mundo moderno por el de Lope y Calderón. Y es significativo que el escritor francés eche otra vez mano a una metáfora solar, como si en el astro del día se cifrara el destino de regeneración de España: los poetas, «enfants du soleil», no deben conformarse, sostiene, con

[«retremper au soleil de Castille le vers de Lope et de Calderon; il faudrait encore réchauffer le ferment monarchique, religieux, chevaleresque du seizième siècle, ou, sinon, se renouveler soi-même par des passions nouvelles»<sup>23</sup>.]

5. Después de lo que hemos visto, no nos extrañará comprobar que Quinet, llegado el momento de dedicar sus comentarios a Espronceda, traduzca, además de otros trozos líricos<sup>24</sup>, tres fragmentos del himno *Al Sol*, engarzándolos en el contexto de una interpretación totalizadora de la obra del autor, que deviene apasionada reivindicación de la misión profética propia de los poetas en una España que se renueva. El itinerario interpretativo sugerido por el viajero francés culmina en el comentario de *El Estudiante de Salamanca*, pero conoce su etapa más intensa y al mismo tiempo su nudo crítico en la página dedicada al himno: para Quinet, este texto ofrece en efecto la prueba de que Espronceda, a pesar de acercarse mucho al modelo soñado, ha perdido, también él, la

<sup>21</sup> MV. 94.

<sup>22</sup> MV. 122.

<sup>23</sup> MV. 123-24.

<sup>24</sup> Se trata precisamente de los vs. 1-2 y 47-52 de *El Mendigo* (traducidos en MV. 132) y de los vs. 33-120 de *El Verdugo* (traducidos en MV. 133-34).

ocasión de encararse con la realidad más profunda de su siglo. Leamos primero, y analicemos brevemente, la traducción de dichos fragmentos, que corresponden respectivamente a los vs. 55-70, 79-88, 93-106:

[«Affranchi de la colère divine, tu as vu s'engloutir l'univers entier, quand au milieu des eaux chassées par le bras justicier de Jehovah, la tempête a mugé sur la face des mers. Le tonnerre a retenti dans les enfers; en tremblant, les ais de diamant de la terre se sont affaissés; l'abîme a frémi; mais toi, cependant, ô soleil, tel que le maître du monde, tu as élevé ton trône sur la tempête et les ténèbres; ta face a rayonné, et tu as resplendi en paix sur d'autres mondes.

»Seras-tu éternel, inextinguible? jamais ton immense chaudière ne perdra-t-elle sa splendeur? suivras-tu, toujours audacieux, ta carrière à travers les ruines du temps, monarque indomptable de l'éternité? Non! si la mort haletante te suit de loin, pourtant elle est déjà sur tes traces.

»Jouis donc de ta jeunesse et de ta beauté, ô soleil! le jour épouvantable viendra où le globe s'échappant de la main du Tout-Puissant s'engloutira lui-même dans l'éternité. Brisé en mille éclats, enseveli pour toujours dans les océans, au bruit des tempêtes infernales, ta flamme pure mourra à son tour. La nuit sombre couvrira le céleste berceau, il ne restera pas même une étincelle de ta lumière»<sup>25</sup>.]

La traducción nos parece haber alcanzado un resultado notable: el de reproducir el significado fundamental del texto simplificando y agilizando las estructuras sintácticas, sin por ello renunciar a establecer correspondencias e introducir hallazgos expresivos que den cuenta de los valores propiamente poéticos.

En el primer fragmento, a las construcciones nominales del himno («las aguas... lanzadas,/ impelidas.../ y a mares... despeñadas», vs. 57-59) se sustituye un régimen de coordinación más adecuado a la forma prosaica («quand au milieu...»). Con efectos parecidos, la larga apóstrofe en interrogante que ocupa los vs. 79-85, articulándose en una oración relativa («sin que... tu inmensa hoguera») y tres gerundivas («audaz siguiendo.../ contemplando.../ dominando»), se rompe en tres interrogativas yuxtapuestas, procedimiento no desprovisto de eficacia, ya que transforma la alocución, bastante retórica, del poeta al sol en un diálogo más sencillo y espontáneo.

A nivel de léxico, se puede lamentar, en general, un cierto em-

<sup>25</sup> MV. 134-35.



pobrecimiento y la utilización de estilemas que, inducidos por el tono bíblico adoptado por Espronceda, no dejan de ostentar una pseudo-sublimidad que en realidad equivale a una banalización. Valgan los ejemplos siguientes: *sur la face des mers* mal se corresponde con la enérgica imagen del poeta español («a mares por los vientos despeñadas», v. 59); *à travers les ruines du temps* es mucho menos eficaz respecto a la correspondiente imagen en castellano («hundirse las edades», v. 83); etc. En cambio, me parece un acierto que Quinet haya encontrado soluciones que ahondan en el texto de Espronceda, desarrollando potencialidades sólo latentes en éste; así acontece cuando ciertas expresiones genéricas del texto de partida quedan sustituidas, en el texto de llegada, por otras tantas tomadas del campo semántico del fuego y de la luz, el que domina en el himno; véase: «*ta face a rayonné*» («y tu faz engréías», v. 69); «*brisé en mille éclats*» («deshecho en mil pedazos», v. 99); «*il ne restera... une étincelle de ta lumière*» («Ni aun quedará reliquia de tu lumbre», v. 106).

En mi opinión, Quinet tuvo otro acierto al intentar recuperar —aun a costa, una vez más, de cierto empobrecimiento del tejido verbal— dos de las secuencias fonosimbólicas más sugestivas del texto que tenía delante. Escribe Espronceda en los vs. 60-61:

[«bramó la tempestad; retumbó en torno  
el ronco trueno, y con temblor crujieron...»]

y traduce Quinet: «*Le tonnerre a retenti dans les enfers; en tremblant...*».

Más adelante dice el himno (v. 102):

[«de cien tormentas al horrible estruendo»;]

y Quinet lo imita eficazmente alineando, como en el ejemplo anterior, dentales y labiales variamente combinadas con sonidos insistentes de erre: «*au bruit des tempêtes infernales*». Los dos últimos pasajes citados de la traducción se emparejan estrechamente uno con otro, no sólo por la habilidad con la que imitan el tejido fónico del original, sino también por echar mano de la misma desviación textual (que indico utilizando la cursiva), desviación no justificable a nivel de significado. No se habla de infierno, en efecto, en el poema de Espronceda; el porqué Quinet lo haya, no obstante, evocado por dos veces nos va a dar pie para el comentario con que remataremos esta nota.

Es indudable que el escritor francés, al enfrentarse con el himno, se inspira alternativamente en dos criterios, o modos, de traducir distintos y aún opuestos, que se podrían definir acudiendo a la terminología que H. Meschonnic derivó de los estudios del islamista L. Massignon: el criterio, o modo, de la *anexión* y el del *descentramiento*. «Pour comprendre l'autre», escribía Massignon, refiriéndose a las técnicas de la traducción y la interpretación, «il ne faut pas se l'annexer, mais devenir son hôte»<sup>26</sup>. Quinet se transforma, evidentemente, en el *hôte* de Espronceda, es decir, se descentra y vuelca enteramente en el texto de éste, en la medida en que no sólo restituye el estilo del original, sino que ahonda en sus valores expresivos hasta el punto de elaborar innovaciones que compiten o superan el modelo. Por el contrario, está claro que, en el caso de los últimos ejemplos, el traductor, lejos de volcarse en el texto de partida, realiza el procedimiento opuesto, anexionándose-lo, es decir, sometiéndolo a una apropiación (que es de tipo ideológico, aún más que expresivo).

Ese infierno que no se encuentra en el texto de Espronceda estará por lo tanto en la mente de su traductor e intérprete: simbólica e ideológicamente, en efecto, éste contrapone el infierno al sol, las tinieblas del abismo al resplandor de la luz. Y que la mente de Quinet está dominada por esta simbología de místicos claroscuros, simbología al propio tiempo de degeneración y regeneración, lo revela con nitidez la interpretación de *El Estudiante de Salamanca* que sigue inmediatamente a la traducción del himno.

Ya en los párrafos de presentación de *Al Sol* había asomos de simbolismo y alegoría:

[«Le voile noir que le génie du Midi étend sur l'univers vous consterne; où donc est l'espérance pour ces hommes, si jusque sur la face du soleil d'Andalousie ils voient déjà les rides et les ténèbres prochaines?»<sup>27</sup>.]

Pero es *El Estudiante* el que se convierte, en la visión de Quinet, en un verdadero drama simbólico, en un auto sacramental, por

<sup>26</sup> Cit. en Meschonnic, Henri, *Pour la poétique II. Épistémologie de l'écriture poétique de la traduction*. Paris: Gallimard, 1973. 411. Sobre los dos modos de traducir, a los que aludo en el texto, ver espec.: Lanciani, Giulia, «Considerazioni sulla traduzione letteraria». *Actas de las jornadas de estudio suizo-italianas de Lugano (22-24 de febrero de 1980) editadas por J. M. López de Abiada*. Milano: Ed. Cisalpino-La Goliardica, 1981. 147-52.

<sup>27</sup> MV. 134.

decirlo así, del moderno laicismo palingenésico: Félix de Montemar es el «Don Juan de l'Espagne nouvelle ... entraîné sur les pas d'une jeune femme voilée». Juntos descenden «une spirale infinie» hasta «le fond de l'enfer»: y ahí, precisamente, «au milieu de l'hymne de l'enfer, le mariage de l'Espagnol et du cadavre se célèbre dans l'éternité»<sup>28</sup>.

Quinet no vacila en darnos enseguida la llave de su simbólica lectura, dirigiendo sus palabras a los poetas de España:

[«Si la morte (es decir, la mujer-espectro que lleva a Don Félix al infierno) était par hasard l'Église, telle qu'on l'a faite, ne devriez-vous pas avoir le courage de le dire franchement et de chercher une autre fiancée à ce peuple chevalier?»<sup>29</sup>.]

Los poetas hispanos, «hommes du Midi», se identifican con el polo del misticismo solar; la Iglesia, al contrario, tal como la han reducido «les hommes du passé», con el polo de las tinieblas infernales: incumbiría, pues, a los poetas arrancar al pueblo del abismo oscurantista y llevarlo de la mano hacia la luz del porvenir:

[«Peut-être que votre parole, gardant une étincelle du soleil inextinguible, peut encore réchauffer ou briser les coeurs de pierre et de glace»<sup>30</sup>.]

La duda matiza el vaticinio. Como todo buen profeta, Quinet no ha encontrado aún a su mesías, ya que ni siquiera Espronceda posee todos los requisitos del ungido que se espera. Lo que sí se debe a Espronceda es el texto sagrado, cuya exégesis se ha tomado a cargo el propio Quinet. Hay, pues, precursor, pero aún falta el mesías que haga del verbo carne.

6. La interpretación alegórica de *El Estudiante de Salamanca*, sugerida por Quinet, no ha dejado de estimular la discusión crítica, incluso en tiempos recientes. Al respecto se pueden individuar hoy dos posiciones distintas. R. Marrast<sup>31</sup> se niega a creer que tal

<sup>28</sup> MV. 135.

<sup>29</sup> MV. 136.

<sup>30</sup> MV. 138.

<sup>31</sup> Marrast, Robert, *José de Espronceda et son temps. Littérature, société, politique au temps du romantisme*. Paris: Klincksieck, 1974. 682. Cf. la trad. esp. *J. de E. y su tiempo. Literatura, sociedad y política en tiempos del romanticismo*. Barcelona: Crítica, 1989. 634.

interpretación tenga fundamento: «Edgar Quinet se méprit sur le sens de *El Estudiante de Salamanca*, où il ne voyait qu'une histoire de fantôme déjà maintes fois ressassée»; y sin embargo, al reconocer que *El Estudiante* tiene un sentido parecido al de *El día de difuntos* de Figaro, admite: «Espronceda et Larra avaient d'avance répondu à l'appel qu'il (Quinet) lançait» en 1846. Por otra parte S. Vasari<sup>32</sup> cree que el *cuento* de Espronceda contiene un mensaje predominantemente orientado hacia una reforma política y religiosa del tipo pronosticado, en Francia, por Lamennais, cuyas *Paroles d'un croyant* Larra tradujo en 1836, publicándolas bajo el título de *El dogma de los hombres libres*. Dados estos supuestos, no sólo se justificaría la identificación de la dama-esqueleto del *cuento* con la Iglesia decaída del siglo XIX (en el libro de Lamennais y en otros coetáneos abundan, para denostar a la Iglesia de Roma, imágenes como castillos derrocados, cementerios, esqueletos, etc.), sino que sería preciso ver simbolizados en don Félix de Montemar tanto al Hombre del Progreso como al Poeta-vate y hasta al propio Lamennais.

Nuestra impresión al respecto es que conviene resistir a la tentación de descifrar un texto de alto nivel poético y de tensa cohesión expresiva como *El Estudiante de Salamanca* a la luz de opciones ideológicas o políticas que, al estado, conocemos como propias de Larra y de otros, muy contados, liberales españoles. En todo caso, creo que tiene razón Vasari cuando afirma que para una interpretación exhaustiva de la obra de Espronceda nos falta aún «una mejor penetración del conflicto religioso íntimo y social de los liberales españoles» y «una mejor comprensión de la influencia de Lamennais en España»<sup>33</sup>. La lectura de Quinet sigue pareciéndonos una hipótesis sugestiva, todavía por comprobar.

<sup>32</sup> Vasari, Stephen, «Aspectos religioso-políticos de la ideología de Espronceda: "El Estudiante de Salamanca"». *Bulletin Hispanique*, LXXXII (1980), n.ºs 1-2. 94-149.

<sup>33</sup> *Ibid.*, 144.